



EL ENFOQUE DE LA MICROHISTORIA APLICADO EN LOS PROCESOS EDUCATIVOS DE UNA COMUNIDAD EJIDAL EN CHIHUAHUA

Jesús Adolfo Trujillo Holguín
Universidad Autónoma de Chihuahua

Francisco Alberto Pérez Piñón
Universidad Autónoma de Chihuahua

Guillermo Hernández Orozco
Universidad Autónoma de Chihuahua

Área temática: A.2) Historia e historiografía de la educación.

Línea temática: Comunidades sociales, comunidades académicas, comunidades culturales.

Tipo de ponencia: : Reportes parciales o finales de investigación.

Resumen:

El enfoque de la microhistoria –como lo propuso Luis González y González– ha tenido grandes repercusiones en la recuperación de la historia regional de nuestro país. En este trabajo se utiliza esta forma de construcción del relato historiográfico con el propósito de recuperar los procesos educativos que ocurrieron en una comunidad ejidal que antiguamente se conocía como Ranchería Juárez y que actualmente forma parte de la mancha urbana de la zona sur de la ciudad de Chihuahua, Chih. El escrito describe, de manera sucinta, el establecimiento de los planteles educativos en la comunidad y la influencia de los personajes “olvidados por la historia” en dicho proceso constitutivo. Igualmente se muestra el significado que adquiere el desarrollo de un proyecto de investigación de esta naturaleza, cuyo propósito central es recuperar la memoria histórico-educativa de la comunidad, para trabajarla como parte de los contenidos curriculares de la asignatura de historia en el nivel de educación básica. Entre las conclusiones del trabajo destaca la necesidad de recuperar la visión micro de la historia, a través de metodologías de investigación con un enfoque más participativo, en donde la voz sea de aquellos individuos que construyen la historia día con día.

Palabras clave: Historia de la educación, microhistoria, historia local, investigación histórica.

Introducción

La historia de la educación en el estado de Chihuahua ha tenido un desarrollo importante durante las últimas dos décadas, aunque el grueso de la producción académica se ubica en unas cuantas líneas temáticas y bajo enfoques teórico metodológicos que apenas comienzan a diversificarse (Hernández, Larios, Trujillo y Pérez, 2010; y Hernández, Trujillo, Pérez y Larios, 2018). Los estudios con énfasis en procesos, instituciones, ideas y sujetos de la educación, desde un enfoque regional, son cada vez más frecuentes, lo que ha ocasionado que la entidad se ubique con alta productividad académica, de acuerdo a los datos que arroja el más reciente estado del conocimiento en el área de historia e historiografía de la educación, elaborado decenalmente por el Consejo Mexicano de Investigación Educativa (COMIE) (Aguirre, 2018).

A pesar de lo anterior, el enfoque de la microhistoria apenas comienza a vislumbrarse en algunos trabajos (Sandoval, 2003; Trujillo, Hernández y Pérez, 2016), entendiéndolo con sus alcances y propósitos al puro estilo de la microhistoria a la mexicana de Luis González y González, quien la ubica como el estudio de “un pequeño lugar que podemos ver con nuestros ojos, recorrer a pie y mirar directamente” (Aguirre, 2006, p. 196), o –dicho por el propio Luis González– a una forma de hacer historia de:

[...] la vida cotidiana de un ser en su propio medio, para hablar del hombre común y corriente (de estatura normal, no de los “gigantes” como hace la historia normalmente), de los modos de proceder que son los más íntimos, pero también los más propios del ser humano en general (2006, p. 198).

Bajo ese hilo conductor, se desarrolló un proyecto de investigación en una zona urbana de la ciudad de Chihuahua, Chih., que anteriormente formaba parte de una comunidad ejidal denominada Ranchería Juárez y con el paso de los años se incorporó a la mancha urbana de la capital del estado, debido a las migraciones masivas del campo a la ciudad que se intensificaron durante las décadas de 1970 a 1980. El grupo de investigadores se propuso como objetivo central realizar trabajo de campo con los habitantes de dicha comunidad (ejidatarios, maestros, padres de familia, estudiantes de educación básica, comerciantes, amas de casa, vendedores, etc.) para recuperar testimonios orales y documentos primarios que ayudaran en la reconstrucción de los procesos educativos que vivieron en la ranchería a lo largo del periodo fundacional, hasta lograr el establecimiento de instituciones educativas en todos los niveles que integran el esquema básico.

El resultado final del proyecto es la integración y publicación de un libro impreso que será distribuido entre las personas que participaron en el proyecto y con los mismos estudiantes de la colonia Villa Juárez, de manera que se fortalezca la identidad comunitaria y se conserve la memoria histórica de este sector de la ciudad que poco a poco ha venido olvidando su origen rural y campesino. Una vez publicado el libro, este se utilizará como insumo para trabajar temas de historia local con estudiantes de educación básica de las escuelas de la antigua ranchería (jardín de niños María Helena Chanes; Secundaria Federal número 7

y primarias Emiliano Zapata, John F. Kennedy y Josefa Ortiz de Domínguez) a fin de fortalecer los procesos formativos de los estudiantes.

El presente escrito da cuenta de los avances generales del proyecto y –sobre todo– de algunos elementos de la microhistoria que se tomaron en cuenta durante el proceso de investigación, a fin de ofrecer una mirada diferente, mediante la participación de personas comunes de la localidad que bajo otro enfoque de investigación hubieran quedado excluidos del retrato historiográfico.

¿Historia regional, historia local o microhistoria?

Aunque en la producción académica se tiende a dar un tratamiento similar a la historia regional, local y microhistoria, lo cierto es que cada una tiene sus características y rasgos particulares que las ubica como respuestas a diferentes propósitos investigativos. Para Carlos Martínez Assad (2006) la historia regional se sitúa como un punto intermedio entre la historia local y la nacional, pues mientras la primera se ocupa de los hechos y personajes a un nivel “micro”, a la segunda le interesan los grandes procesos nacionales que generalmente están relacionados con el poder político y económico, es decir, con los procesos “macro” correspondientes a todo un conglomerado social de un Estado-Nación. La historia regional en cambio reconoce que dentro de un país existen una serie de regiones con características económicas, culturales y sociales propias, que no se limitan al espacio de una comunidad, sino que van más allá, a lo que Luis González (2006) refiere en los siguientes términos:

[...] en la historia regional el sujeto que subió al campanario de la iglesia ya no ve solamente el pueblo donde está esa iglesia, sino que tiene interés en entender lo que está más allá del pueblo y se sitúa ahí para tratar de entender el acontecer de la historia en un ámbito más amplio (p. 199).

Lo anterior establece diferencias de fondo entre lo regional y lo nacional que van desde la amplitud del espacio geográfico que estudian, hasta la profundidad del análisis en el hecho histórico, el origen y diversidad de fuentes que utilizan y la tendencia generalizadora que establece a partir de todo lo anterior. Existe pues una transición de la investigación de lo nacional a lo regional, dado que este último enfoque busca recuperar el olvido del sujeto, que se pierde en la narrativa de los grandes procesos y las grandes estructuras. Al respecto, Aguirre y Márquez (2018) señalan que:

El reto metodológico [...] es cómo recuperar a las personas en la historia, lo cual ha implicado ver hacia los márgenes, hacia los grupos pequeños, la gente común, lo popular y lo local, aquello que *Annales* refiere como democratización de la historia (p. 47).

Pero la tendencia de mirar hacia lo regional y lo local no es una característica propia de los trabajos que aparecen durante la última década. Ya desde el inicio del presente siglo se criticaba la visión centralista que

predomina en los enfoques tradicionales de investigación, que tienden a generalizar la historia nacional como un proceso uniforme que vale por igual para cada una de las entidades, quizás por la necesidad de dotar a los ciudadanos de una identidad como mexicanos que fuera compartida, común y sin las ataduras de los regionalismos. Civera (2002) apunta que:

[...] la historiografía regional de la educación en México se ha ido abriendo paso en los últimos años y la visión centralista que teníamos sobre la educación en el país se ha empezado a cuestionar, aun son pocas las investigaciones que logran confrontar experiencias de épocas o ámbitos espacialmente distintos (p. 105).

La historia tradicional basada en la generalización hoy es criticada, lo que lleva a que un gran número de investigadores estén preocupados por dar cuenta del acontecer histórico a una escala “micro”, haciendo uso de herramientas como las que propone la microhistoria de Luis González. Este enfoque está más emparentado con la historia local porque se ocupa del pretérito de la vida diaria, del hombre común, de la familia y del terruño (González, 1986).

Aunque existen muchos elementos para caracterizar a cada uno de los enfoques enumerados, es importante mencionar que por razones de espacio no ahondaremos en ellos. Lo que si conviene dejar en claro es que para efectos de este trabajo consideramos la aplicación de herramientas desde la microhistoria a la mexicana, es decir de Luis Gonzáles y González, que difiere en mucho a la microhistoria italiana que cultivaron desde los años sesenta autores como Carlo Ginzburg, Giovanni Levi, Edoardo Grendi o Carlo Poni, por mencionar algunos.

La microhistoria aplicada a los procesos educativos de Ranchería Juárez

Las razones que explican el origen de una comunidad de campesinos y pequeños ganaderos en una región agreste, dominada por el paisaje de los cerros y los mezquites, tienen que ver con la llegada de la empresa angloamericana The American Smelting and Refining Company (ASARCO), que funcionó desde los primeros años del siglo XX en lo que fuera el Rancho de Ávalos, propiedad del terrateniente chihuahuense Luis Terrazas y de su esposa Carolina Culty.

Hasta las inmediaciones de la planta llegaron migrantes de diferentes lugares del estado y del país quienes, al no poder ocuparse como obreros en la fundidora, se dedicaron al comercio informal a partir de 1910. Durante el movimiento revolucionario, y debido a la suspensión temporal de actividades en la Planta de Ávalos, las personas comenzaron a ocuparse en la agricultura de temporal mediante el pago de rentas a la familia Terrazas, pero luego del triunfo revolucionario, iniciaron las gestiones para la dotación de tierras y el posterior establecimiento de un ejido (Trujillo, Hernández y Pérez, 2016).

El 31 de mayo de 1921 surge propiamente la Ranchería Juárez y las características del medio geográfico fueron determinantes para forjar el carácter de sus pobladores, quienes se caracterizaron por las carencias

económicas, pero sobre todo por el espíritu solidario que mostraron al enfrentar las adversidades del medio y las necesidades más apremiantes como el agua potable. Sin embargo, la visión de los primeros ejidatarios no solamente se orientó hacia la satisfacción de necesidades materiales, sino que pronto iniciaron un movimiento para lograr el establecimiento de planteles educativos. En el imaginario colectivo los habitantes aún se muestran orgullosos de este legado, como es el caso de la profesora María Teres Manríquez Pereyra –descendiente de los primeros ejidatarios–, quien señala en una reseña histórica de la ranchería que “Una comunidad sin educación es una comunidad sin progreso” (Manríquez, 1990, p. 2) y hace una exaltación a la labor de las generaciones que antecedieron, para hacer realidad el anhelo de contar con espacios educativos dignos.

A los pocos años de haberse fundado el ejido. Los habitantes de la ranchería iniciaron con la construcción de la primera escuela primaria a la que asignaron el nombre del líder agrario Emiliano Zapata, lo cual refleja la tradición campesina de este asentamiento. Llama la atención que en este proceso aún no se establecían otros espacios públicos como la plaza o iglesia; mientras que ya para 1932 se celebraba la inauguración del nuevo edificio de la primera escuela del lugar (ver imagen I).

Imagen 1: Inauguración de la escuela primaria Emiliano Zapata de Ranchería Juárez, Chihuahua, en 1932.



Fuente: Archivo personal de Rubén Beltrán Acosta.

El nuevo espacio educativo pronto se convirtió en el centro de la vida social de la ranchería y las actividades y fiestas escolares lograban reunir a sus habitantes, principalmente si se trataba de alguna conmemoración cívica. A pesar de las grandes carencias económicas y de los altos índices de analfabetismo de la población adulta, los habitantes se convirtieron en agentes activos para la fundación de nuevas escuelas y para el año de 1960, cuando la educación preescolar apenas comenzaba a generalizarse en las cabeceras municipales del estado de Chihuahua, los ejidatarios comenzaron con gestiones para que se inaugurara el jardín de niños María Helena Chanes.

El influjo educativo continuó durante esa década y para 1968 se estableció una segunda escuela de educación primaria –la John F. Kennedy– que fue la respuesta al constante aumento de la matrícula escolar, producto de la explosión demográfica que vivió México durante las décadas de 1960 y hasta principios de 1990. En ese ímpetu educador, los habitantes lucharon porque las oportunidades educativas se extendieran al nivel de secundaria y el 2 de septiembre de 1971 lograron la apertura de la Escuela por Cooperación Gustavo L. Talamantes, que en su misma denominación reflejó el espíritu solidario de sus habitantes.

Para el cierre de la década, en 1978, el aumento en las necesidades educativas continuó y tuvo que gestionarse una nueva escuela de educación primaria a la que se le asignó el nombre de Josefa Ortiz de Domínguez. El terreno donde se construyó este último plantel fue dividido en dos partes para que posteriormente funcionara la Escuela Secundaria Federal número 7, que surge precisamente cuando el servicio apenas comenzaba a regularizarse en las colonias más cercanas al centro de la ciudad de Chihuahua.

En esta enumeración cronológica del surgimiento de 6 planteles educativos detectamos características comunes: 1) que fueron establecidas bajo el impulso de los habitantes y lograron sumar el esfuerzo de profesores, padres de familia y autoridades educativas, 2) que cubrieron sus necesidades iniciales con la concurrencia de apoyos de los mismos habitantes, ya sea para habilitar salones o para cubrir las necesidades más apremiantes y 3) hubo presencia de personalidades de la comunidad que gestionaron todo lo necesario para que el servicio educativo fuera una realidad en la ranchería, a pesar de que muchos de ellos no sabían siquiera leer y escribir. Los ejidatarios supieron aquilatar el valor de la educación e incluso la mayoría de las escuelas arrancaron sin apoyo suficiente de las autoridades educativas, por lo que improvisaron el salón ejidal como aula de clases, hasta que lograron construir edificios propios.

Las aportaciones de los personajes “olvidados”

Durante el desarrollo de las actividades de investigación de campo que incluyó el proyecto, aparte de establecer la cronología y características fundacionales de cada uno de los planteles educativos (las cuales se presentan ampliamente en el libro que actualmente está en prensa: *La educación en Ranchería Juárez, Chihuahua 1932-2018*), se lograron identificar personajes, gracias al enfoque de la microhistoria a la mexicana de Luis González y González, a los que no se ha puesto suficiente atención porque no son figuras connotadas de la política o la educación regional, mucho menos del ámbito nacional.

Luis González (1986) señalaba que la microhistoria debía ser el relato del hombre común y corriente, de “estatura normal” y no de los gigantes de la historia, de los grandes héroes contruidos por la historia de bronce. En Ranchería Juárez destacan en los documentos y en los testimonios de los habitantes figuras que bajo otros procedimientos de indagación nunca se habría dado cuenta de ellos, pues solo aparecen en la memoria de las personas que vivieron cerca de ellos y que se evocan en el relato directo y a través del contacto cercano, más no aparecen en los documentos de archivos históricos locales o estatales. De ellos damos cuenta –por limitaciones de extensión– solamente de dos casos.

El primer héroe anónimo es Don Andrés Campos, quien fue comisario ejidal en tres ocasiones y a lo largo de su vida se dedicó al servicio de la comunidad. Los habitantes lo recuerdan como gestor en la introducción del servicio de agua potable, pero sobre todo como impulsor de los planteles educativos, particularmente de la Escuela Secundaria por Cooperación Gustavo L. Talamantes (ver imagen 2).

Imagen 2: Arriba izquierda: Cheché Chávez, Toño Chávez, Magdaleno Almeida y Chonte Lara. Abajo izquierda: el señor Monge y Don Andrés Campos durante la perforación de un pozo en Ranchería Juárez.



Fuente: Archivo personal de Humberto Ortega Gabaldón.

En otros trabajos de investigación realizados por los autores de este escrito (Trujillo, Hernández y Pérez, 2016), se dio cuenta de la participación de varias personas en la apertura de las escuelas de la ranchería, pero los nombres que salieron a relucir fueron de autoridades educativas o líderes sindicales que poco o nada habían aportado directamente para materializar los proyectos educativos del ejido, pero que finalmente –debido a su posición política– eran los encargados de emitir documentos de autorización y por consiguiente aparecían en la historia oficial. Una vez que nos acercamos al campo de investigación con una mirada diferente –desde la microhistoria– dimos seguimiento a quienes aparecían en las anécdotas de los habitantes y quienes fueron verdaderos impulsores de la educación en la comunidad, como es el caso de Don Andrés Campos. Sobre este personaje, Jesús Manuel Cervantes Camarillo señala lo siguiente:

Don Andrés Campos hizo la solicitud para que se estableciera la escuela secundaria y el gobernador les dijo –en tono de broma– que para que la querían si en Ranchería Juárez eran puros burros y el señor Campos tosió con el cigarro Faros que se fumaba y le contesto que para eso, para que no hubiera tantos burros (Entrevista personal, 14 de julio de 2016).

El relato anterior –por simple que parezca– refleja la filosofía educativa de un personaje iletrado, lo cual es coincidente con otros testimonios en los que se menciona que Don Andrés se encargó personalmente de construir los primeros salones donde inicia la secundaria Gustavo L. Talamantes, sin que recibiera sueldo alguno por sus servicios. Jorge Antonio Reza lo recuerda de la siguiente manera:

Fue una persona que no tenía estudios, humilde, pero de gran corazón. Como dicen “se juntó el hambre con las ganas de comer” y él nomas iba y se asomaba a la escuela y cuando alguien se acercaba, los veía que andaban luchando y nos ayudaba con muchas cosas. Su esposa tenía una tiendita y se hacía que no nos veía y nos cobraba menos, ayudaban mucho a los que no tenían (Entrevista personal, 21 de junio de 2018).

En una composición anónima, que se localizó en el archivo personal de Enrique Campos Ramírez, se exalta la labor educativa de Don Andrés en los siguientes versos:

Andrés, Andrés Campos
es el hombre original de este ejido.
Es un hombre incansable,
cincuenta años trabajando
y de una conducta intachable.
Este hombre es un héroe,
hombre de mucha ley.

Trajo agua, trajo luz,
hizo escuelas,
¡miren, ahí está él! (Fragmento anónimo)

Con este ejercicio podemos ver como los héroes de la comunidad son aquellos a quienes los habitantes les reconocen algún mérito y precisamente por la ausencia de intereses políticos, permanecen con una trayectoria anónima para el resto de la sociedad. Aparecen en el imaginario colectivo de ese pequeño conglomerado social y al paso del tiempo se pierde su recuerdo de una generación a otra. Quizás logren traspasar del recuerdo de padres a hijos a través de las pláticas familiares o en las anécdotas pueblerinas, pero poco a poco pierden significado para quienes no formaron parte directa de este momento histórico.

En algunas entrevistas resaltó la intención que han tenido desde una agrupación comunitaria por lograr que alguna calle o lugar de la colonia lleve el nombre de Don Andrés Campos, como reconocimiento a sus aportaciones en el ejido, pero no ha pasado de una simple intención. “Don Andrés dio todo por las escuelas y la misma comunidad le ha quedado debiendo su nombre a alguna calle” comenta Jesús Manuel Cervantes Camarillo (Entrevista persona, 14 de julio de 2016).

El segundo personaje que resalta es un promotor social del deporte, Everardo Bojórquez (Patón), quien llegó a la ranchería en 1960 y por más de 40 años ha sido entrenador de equipos de futbol infantil, actividad que combina con su oficio de zapatero. Desde niño jugaba por las calles de Ranchería Juárez y en cuanto pudo se encargó de fundar su propia escuadra infantil que ahora lleva el nombre de Club Cachorros (ver imagen 3).

Imagen 3: Everardo Bojórquez (Patón) como entrenador en 1980.



Fuente: Archivo personal de Everardo Bojórquez.

Las aportaciones de este personaje son incontables pues durante el tiempo que lleva como entrenador ha obtenido numerosos campeonatos en diferentes categorías (ver imagen 4), pero sobre todo ofrece una ocupación sana para los niños y jóvenes que destinan su tiempo libre en estas actividades. Por el equipo de Los Cachorros han pasado decenas de jóvenes que más adelante se incorporan a los equipos deportivos de otras ligas.

Imagen 4: Nota periodística del Club Cachorros en el torneo de la liga 2011.



Fuente: Diario de Chihuahua, 2011.

Los rasgos distintivos en los dos ejemplos que presentamos en este trabajo son de personas con bajos niveles de escolaridad (ninguno estudio más allá de la primaria), elemento de peso para que su trayectoria no haya pasado del espacio comunitario. Aun así, muchos procesos de la ranchería no pudieran entenderse sin las aportaciones de personas que –como ellos– han dado lo mejor de sí para brindar mejores oportunidades de desarrollo para los habitantes del ejido.

Conclusiones

Realizar un proyecto de investigación desde el enfoque de la microhistoria ofreció elementos para reconsiderar algunos acontecimientos que desde las grandes historias no son susceptibles de inclusión. Al acercarse a los actores cotidianos se puede rescatar los hechos y personajes que para ellos han tenido mayor significado y que no se les puede rastrear en los archivos históricos. Se deben recorrer las calles de la localidad y platicar con las personas para conocer los aspectos cercanos y cotidianos a los que ellos les asignan mayor significado.

Este trabajo aporta elementos de reflexión sobre las tareas que es importante desarrollar para recuperar las microhistorias de pequeñas comunidades, para que luego se integren en historias más amplias que incluyan estas particularidades. Sobre todo, resulta destacable la aportación que el proyecto –en su conjunto– realiza en la comunidad, pues no solamente se obtiene información de ellos para elaborar un artículo científico que sea publicado en revistas internacionales, por decir algo. Al contrario, se recuperan testimonios y documentos primarios con los cuales se reconstruye la mirada que los habitantes tienen de sí mismos, para luego presentarla en un libro que luego se devuelve a la comunidad para que –a manera de espejo– tengan una herramienta con la cual puedan mirarse.

Referencias

Aguirre Lora, M.E. (2018). *Historia e historiografía de la educación en México. Hacia un balance 2002-2011*, (vol. I). México: COMIE / ANUIES.

Aguirre Lora, M.E.; y Márquez Carrillo, J. (2018). Historia e historiografía de la educación en México, 2002-2011: vicisitudes de un terreno abierto. En M.E. Aguirre Lora (coord.). *Historia e historiografía de la educación en México. Hacia un balance 2002-2011*, (vol. I). (pp. 35-60). México: COMIE / ANUIES.

Aguirre Rojas, C. (2006). Mesa redonda: microhistoria mexicana, microhistoria italiana e historia regional. En *Relaciones*, XXVI(101), pp. 193-224. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13710106>

Manriquez Pereyra, M.T. (1990). *Breve semblanza histórica de Villa Juárez, municipio de Chihuahua [reseña elaborada con motivo del aniversario de la fundación del ejido]*. Archivo personal de Martía Teresa Manriquez Pereyra, Chihuahua, México.

Civera, A. (2002). De Tecamachalco a Malinalco y Tenancingo: comentarios al trabajo historiográfico de la Dra. Mary Kay Vaughan. En A. Civera, C. Escalante y L.E. Galván (Coords.). *Debates y desafíos en la historia de la educación en México*. México: El Colegio Mexiquense A.C. / Instituto Superior de Ciencias de la Educación del Estado de México.

González y González, L. (2006). Mesa redonda: microhistoria mexicana, microhistoria italiana e historia¹

¹ El proyecto de investigación se denominó La educación en Ranchería Juárez, Chihuahua. Recuperación de su memoria histórica y recibió financiamiento del Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias (PACMyC), convocatoria 2018, para que sus resultados sean difundidos en un libro impreso que debe incorporarse en las actividades escolares de los estudiantes de educación básica de la misma comunidad, durante la segunda parte del ciclo escolar 2018-2019.

² Para la recuperación de documentos primarios se organizó el concurso La mejor fotografía histórica de mi escuela, con el cual se reunieron 83 fotografías relacionadas con el desarrollo histórico de los diferentes planteles educativos de la ranchería (grupos escolares, maestros, edificios, eventos cívicos, equipos deportivos, personajes destacados, etc.) que abarcan el periodo temporal desde la década de 1940 hasta 2018.